

## XI

### El año más feliz

Algunas vueltas más de la manecilla del reloj sobre la esfera, y habrá terminado este año que he pasado casi todo en medio de trabajos y dolores; año triste durante el cual he visto la muerte tan de cerca dejándome en un estado físico que me anuncia la llegada definitiva de la vejez.

Detrás de los cristales de mi ventana, empañados todavía por la escarcha de la fría madrugada, con-

templo el cielo plomizo que me invita á severas reflexiones y me trae melancólicos recuerdos.

¡Qué año, Dios mío! Recorriéndolo con la memoria, vuelvo á verme en Pau por el mes de Enero, luego en Maudres á principios del verano. Me tiendo dos veces sobre la mesa de operaciones; me rodean los practicantes con su blanco delantal, con su expresión de seriedad solemne; aspiro las enervantes emanaciones del cloroformo y oigo dentro de mi cráneo, antes de perder el conocimiento, un rumor confuso de lejano martilleo. Por dos veces me llevan á mi casa de París, sacudido por la trepidación del ferrocarril, zarandeado luego dentro de la camilla de la ambulancia. Vienen después los largos períodos de dolorosa inmovilidad, tendido siempre de espalda, respirando constantemente el hedor de los antisépticos, y se suceden las interminables noches de insomnio y de pesadilla.

Hay sobre todo una hora terrible que no puedo recordar sin estremecerme.

Por la ventana abierta de mi cuarto penetra el calor pesado, húmedo y sofocante de una mañana de estío. He tenido fiebre durante toda la noche, y siento que se agotan mis fuerzas. He llegado á ese grado de fatiga y postración en que se renuncia á todo y se espera la muerte como una libertadora. Pero mi pobre hermana está allí, mirándome dolorida, esforzándose por sonreír. Veo que sus manos tiemblan apoyadas en la barra de los pies de mi cama; y, sentada junto á mi

cabecera, otra mujer querida tiene entre sus manos una de las mías y aplica á ella sus labios ardientes y mojados de lágrimas.

¡Oh! aquellos instantes, que no puedo recordar sin estremecerme, fueron los más amargos y dolorosos, en mi larga enfermedad. No es lo más triste el dolor físico, que llegamos á padecer con resignación, ni la muerte, invocada en las horas de suplicio; sino el pensamiento intolerable de que sufriendo hacemos sufrir á los seres que amamos y que nos aman, la idea de que al morir les sumiremos en la desesperación. Conozco bien á las dos mujeres que lloraban aquel día junto á mi lecho; no puedo dudar de ellas. Y, como yo me creía entonces á punto de morir, me preguntaba angustiado qué harían aquellos dos corazones amantes que latían sólo por mí. Entonces, y á pesar de mi postración, procuraba hallar para ellas algunas palabras consoladoras que las fuesen acostumbrando á la idea de mi partida, asegurándoles que si llegaba á morir no era por mi gusto, y casi pidiéndoles perdón por la pena que les daba.

Sí, ha sido realmente muy triste este año de 1897. ¿No habrá sido acaso el más desdichado de toda mi vida?

¡Oh, no, Dios mío! ¡Fué el más feliz! Porque entonces se me acercó uno de vuestros sacerdotes; me mostró vuestra cruz y me recordó vuestras sublimes enseñanzas; djome que el dolor es inevitable y que, si es bueno consolar el dolor ajeno, es mejor aceptar sin

quejarse el dolor propio. Desde entonces, confortado por vuestra gracia y por vuestro ejemplo, sufrí mis penas, no ya con algún valor, sino con cierta alegría íntima, reconociendo que he sido por largo tiempo lo que se llama un hombre feliz—puesto que he gozado más y he sufrido menos que muchos otros hombres,—y hallando justo que se restableciese el equilibrio. Os dí, Señor, las gracias, cuando hubo pasado todo peligro inmediato, por el plazo que me concedíais; me resigné de antemano á padecer todos los dolores que me estaban reservados, satisfecho de no ofrecer ya en mi persona un testimonio de la desigualdad de los destinos humanos, y acariciando, en fin, la esperanza de no morir hasta haber sufrido la parte que me toca de terrenales desventuras.

Ya sé que estos sentimientos harán encogerse de hombros á muchos de mis contemporáneos. A todas horas se invoca á grandes voces la dicha, la alegría de vivir, y en todas partes se oye exclamar:

«¡La vida! ¡Pedimos para todos el derecho á la vida, á *toda la vida!* Reclamamos la vida integral, con todos sus goces y alegrías, queremos el completo desenvolvimiento de cada individuo...» etc.

Lejos de mí la idea de combatir los esfuerzos de quienes intentan hacer la vida llevadera para todos y cifran su ilusión en disminuir, ya que no en evitar por completo, la miseria y la ignorancia. Pero ¿cómo es posible pronunciar de buena fe estas palabras, *la alegría*

*de vivir*, que parecen una ironía para cualquiera que haya salido de la infancia? ¿En dónde buscaremos esa alegría de vivir? No será en los sentidos, puesto que cada uno de sus goces, castigado inmediatamente con la tristeza del hartazgo, es además un paso hacia nuestra destrucción. Tampoco en el saber, puesto que la ciencia nos guarda innumerables decepciones y podría compararse á una ilimitada cordillera, en la que el viajero, desde cada cumbre penosamente alcanzada, descubre á sus pies nuevos y más profundos abismos y ve levantarse al otro lado picos más altos y pendientes más escarpadas.

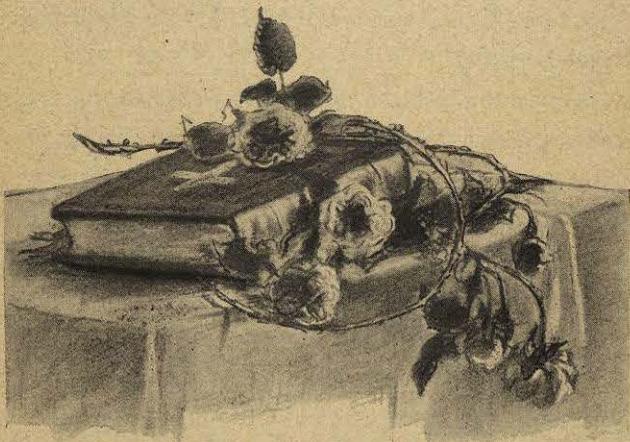
En esta vida—negra para muchos, obscura para casi todos, y sólo para unos pocos privilegiados alumbrada por algunos rayos de alegría,—la única dicha positiva es amar. Pero es tal la imperfección de la naturaleza humana, que no amamos, es decir, no hacemos el don de nosotros mismos al sér amado, sin sentir el deseo del don recíproco. Y como son muy raros los casos en que un verdadero amor sea verdaderamente correspondido; y lo más frecuente es que aquellos que aman hasta la abnegación, hasta el sacrificio, encuentren la indiferencia, cuando no la ingratitud y la traición, he aquí por qué el sentimiento engendrador de las más dulces esperanzas nos ocasiona á menudo las más tristes decepciones y los mayores tormentos.

¿Qué hacer?

Para el amor, como para el dolor, Jesucristo dejó

resuelto el problema. El Cristianismo nos manda amar. Más diré: es la escuela de fraternidad, superior á cuantas ha habido en el mundo, puesto que nos ordena amar al prójimo como á nosotros mismos. ¿Comprendéis bien? *Como á nosotros mismos*. Pero nos aconseja que amemos sin deseo la recompensa, con absoluto desinterés, sólo por el amor de Dios, como dice el pueblo con expresión ingenua y profunda.

¡Saber sufrir y saber amar! Este es el precioso secreto que me ha enseñado el Evangelio durante mi en-



fermedad. Por esto al despedirme del año que se va, dejándome aún muy débil y sujeto á molestísimas precauciones, proclamo muy alto que ha sido el año más feliz de mi vida, el más fecundo y bienhechor.

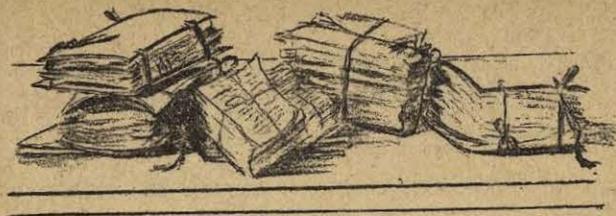
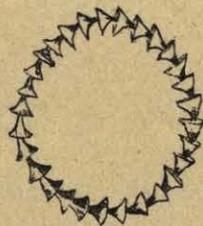
¡Ah, si los desdichados supiesen sufrir y los dichosos supiesen amar, una aurora de paz y de dicha

iluminaría toda la tierra! Los que no creen en los milagros deben, al menos, desear que éste se cumpla. ¿Cabe esperarlo? ¿Debemos fiarnos de algunos presagios favorables, de este soplo religioso, por ejemplo, que se nota en las obras recientes de algunos escritores y aun en las hojas sueltas de la prensa, ó en la evidente inquietud de los enemigos de Dios, que parecen espantados ya, ante las consecuencias de su obra funesta? ¡Ojalá llegue pronto el sembrador de la parábola y arroje á puñados la semilla de la resignación y de la fraternidad cristiana sobre la sociedad moderna, triste y caduca, en la que vemos tanta corrupción y sequedad de alma en los de arriba y tanta rebeldía y miseria en los de abajo!

¡Qué sublime y gloriosa tarea sería para un joven poeta de talento el manifestarse, cual nuevo Chateaubriand, como precursor de un renacimiento de la fe! ¡Ay! Por mi parte he de contentarme con expresar este deseo. Quiera Dios que otro lo realice, mientras yo, infeliz y decaído, me abrazo á la cruz, como el náufrago á la tabla salvadora.

Hoy pienso tristemente en mi alma hecha girones y me avergüenza ofrecer á Dios tan miserable presente. Pero, no obstante, confío en que su misericordia será semejante á la ingeniosa caridad de sus admirables siervas, las Hermanitas de los pobres, que saben aprovechar los desechos del guardarropa y de la cocina, para vestir y alimentar á sus viejecitos.

¡Bendito sea el año que hoy termina! Ha sido mi año de prueba, mi año de gracia, durante el que he podido reanimar en mi espíritu el fuego de la fe y arrojar en él humildemente el incienso de la plegaria.



XII

**Diálogo entre difuntos**

Cuando los ataúdes quedaron otra vez clavados y cerrados los sepulcros, cuando los funcionarios, los sabios, los periodistas y los fotógrafos se hubieron retirado, cuando al fin reinó el silencio de la soledad en la cripta del Panteón, las sombras de Voltaire y de Rousseau, que habían asistido, invisibles, á la violación de sus tumbas, tomaron cuerpo súbitamente.

Acostumbran los espectros no revestirse de la forma humana sino en ausencia de los vivientes, por la repugnancia que les causa la compañía de unos seres groseros, de carne y hueso como nosotros. Esto es lo que explica, dicho sea de paso, que los espiritistas no hayan conseguido nunca, que yo sepa, évocar un espíritu auténtico, un espectro real, ni siquiera un fantasma como los que vi hace tiempo en el teatro del Châ-